

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: Escudillers Blanche, 3 bis, bajo. | Administracion: Plaza Real, núm 7, bajo
Precios de suscripcion: Barcelona, 1'50 ptas. (plata) al mes. Fuera, 6 id. trim. Extranj. 9 id.

PURGACIONES cortadas en dos días sin peligro por las **Cápsulas Koch**, que no dañan los riñones y calman el dolor al orinar, 3 pesetas.—Llagas piel, **Pomada Koch**, 3 ptas. Depuran la sangre de sífilis y venéreo las **Perlas Koch**, 3 pesetas.—Consulta gratis, por correo, al Dr. Mateos. Pta. Sol-Arenal, 1, 1.º, Madrid.—Venta, Barcelona: S. Pablo, 19; Princesa, 1; Rbla. Flores, 4; Suc.: Vidal y Ribas, y otras.

Crónica diaria.

Segunda tanda de sesión.

A las dos menos cuarto se reanuda la sesión para suspenderse otra vez después de acordar que se reuna la ponencia para estudiar las enmiendas presentadas.

Así se hace, y en el despacho del alcalde se reúne la ponencia.

Esta pequeña interrupción duró cinco cuartos de hora.

A las tres en punto, y bajo la presidencia del señor Serraclara, se da lectura á las condiciones del contrato y se aprueban los primeros extremos con algunas enmiendas cuyo contenido no entendemos porque se lo hacen en pequeño comité. Sólo oímos que se aprueba la condición sexta con cuatro enmiendas.

El señor Nualart vota en contra de las condiciones aprobadas y de su enmiendas.

Sigue llevándose la discusión en tal forma que á los periodistas no llega dato alguno por el cual podamos formar juicio de lo que se trata á fin de informar al público. Sólo llegan entre las enmiendas aceptadas las siguientes:

Que á la condición segunda se añada un párrafo que dirá: Lo previsto en los extremos precedentes se aplicará también á todas las concesiones que adquiera la Compañía en cualquier forma hasta el plazo de reversión que en estas condiciones se establece, á cuyo efecto la oficina facultativa asignará á aquellas concesiones el valor que les corresponde.

A la condición segunda se establece una adición determinando que la Compañía abonará al Municipio 620 pesetas por kilómetro lineal si dentro del plazo estipulado no comienza la explotación de las líneas que tiene concedidas, quedando entonces el Ayuntamiento con la facultad de explotarlas por su cuenta ó dejarlas sin efecto.

Que la obligación que en la condición 6.ª se establece con relación á la ultimación del contrato, así como los plazos y obligaciones que en las restantes se fijan con relación á firma de la escritura se señala, refiriéndolas á la aprobación del contrato por el ministerio.

Se aprueba la enmienda que en la condición 8.ª se añade el siguiente párrafo. Los terrenos en que se instalen las cocheras los adquirirá la Compañía en propiedad y libre de toda carga ó gravamen.

Que se consigne en la condición 9.ª que si el Ayuntamiento por cualquier causa no dispone dentro del año correspondiente á la inversión en todo ó en parte de las cincuenta mil pesetas en empedrados, la Compañía le abonará el interés del 4 y medio por

100 de la totalidad ó de la parte que se haya dejado de invertir desde 1.º de Enero del año siguiente hasta la fecha en que se realiza la inversión.

El párrafo 6.º de la condición 10 queda redactado en la siguiente forma:

En el único caso de que á consecuencia del contrato de limpieza pública que tiene el Ayuntamiento estipulado no pudiera llevarse á cabo lo dispuesto en esta condición el servicio de riegos se sustituirá por el de alumbrado, que prestarán las Compañías, instalando el número de focos que corresponda al valor asegurado al servicio de riegos por la oficina facultativa según el precio á que pague el Ayuntamiento los focos del alumbrado público en la contrata de alumbrado que rija al tiempo de la aprobación de este convenio por el ministerio.

1.ª Las Compañías abonarán al Ayuntamiento un interés á razón del 4 y medio por 100 anual de las cantidades destinadas al servicio de riegos ó al alumbrado hasta que empieza á prestar uno ú otro.

A la condición oncená se estipula que la Compañía pagará una multa de cincuenta á quinientas pesetas siempre que á juicio del Municipio falte á alguno de los requisitos estipulados para el buen servicio público.

Que se consigne en la condición 12 que la Compañía adquirirá en propiedad y libres de cargas los terrenos donde se instalen las fábricas y subestaciones.

Que en la condición 27 se sustituyan las palabras «Deberá acreditar antes de formalizar el convenio» por las siguientes: «Dentro del plazo de un mes á contar de la aprobación del presente convenio por el ministerio». Luego se modifica la condición en dos meses.

Al final de la condición 30 se añade el siguiente párrafo:

«También será de cuenta de la Compañía el pago de los derechos reales que el presente convenio devengue, así como los de inscripción en el Registro de la Propiedad, tanto si es necesario para obtenerla la otorgación de escritura pública, como si basta la real orden aprobatoria del contrato.»

Esas enmiendas aceptadas nos llegan invertidas en duda y así las damos dejando á la discreción del lector ordenarlas.

Luego se presenta esta adición al dictamen, firmada por los señores Mir y Miró y Figueras, que dice lo siguiente:

1.º Las Compañías ó Sociedades concesionarias vendrán obligadas á establecer á favor de sus trabajadores una Caja de Pensiones y Retiros.

2.º El reglamento de esta institución será redactado de acuerdo entre las Compañías y los obreros y de él se dará cuenta al Ayuntamiento.

3.º En esta Caja las Compañías intervendrán en una cantidad no inferior á 50,000 pesetas anuales, cuya cantidad se aumentará proporcionalmente al número de obreros.

El señor Mir y Miró se levanta á defender la adición. Esta es como final de las bases, ó sea la 31 condición.

Queda, pues, con esto aprobado todo el proyecto.

Son las cinco de la madrugada.

El señor Nualart protesta de la aprobación del dictamen á grandes gritos porque esto —dice— es una vergüenza para Barcelona y todas las entidades y la Prensa deben protestar, pues la responsabilidad es de la mayoría radical, que ha obrado á la fuerza.

El señor Mir califica de oración de melodrama barato lo que dice el señor Nualart y le requiere para acabar con el monopolio del alumbrado y de la explotación que hacen al Municipio las Compañías del Gas Lebon y Catalana, apoyadas por sus correligionarios. Le toma la palabra para combatir aquellos contratos onerosos y leoninos. Respecto al proyecto que acaba de aprobarse no es esta ocasión de protestar porque no está aprobado aun definitivamente, porque se ha de sancionar por la superioridad y por la Comisión provincial, y si estos elementos y la opinión pública dicen que se han equivocado, él acatará su fallo.

El señor Monegal interviene para afirmar que el proyecto aprobado lo ha sido sin los elementos de juicio necesarios para todos los que debían votarlo. La mayoría de los concejales no sabían una palabra de lo que se votaba y esto es un asunto de mucha trascendencia, es un abuso intolerable de la mayoría. Requiere que para el asunto del alumbrado próximo á discutirse se dé á conocer más de lo que se ha dado este de la reversión.

El señor Nualart contesta al señor Mir y Miró y le dice que le tendrá á su lado siempre que le dé tiempo para estudiar los asuntos; pero que votará en contra de todo aquello que no entienda por no haberlo podido estudiar.

El señor Mir afirma que el dictamen de la reversión no venía con sólo la firma de los radicales, sino con la de representantes de las izquierdas y de las derechas. A!

señor Nualart le dice que huye por la tangente al decir que no hubiera podido estudiar el asunto del alumbrado, el cual se ha de resolver antes de finalizar este mes. El señor Nualart, que forma parte de la ponencia por mandato de su partido, tiene la obligación de estar enterado del asunto del alumbrado y para ello no valen excusas de falta de tiempo.

Rectifica el señor Nualart para insistir que acepta el requerimiento, siempre que se le dé tiempo para estudiar bien lo del alumbrado.

Por fin, después de esa inútil discusión, queda aprobado el proyecto y se levanta la sesión á las cinco y media de la madrugada.

Gacetilla.

En la reunión que en la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana celebraron los propietarios de fincas afectas á los distintos arbitrios creados por el Ayuntamiento se acordó hacer constar que no han admitido la proposición de arreglo que á nombre del mismo se les ha hecho (que en definitiva consiste en pagarlo todo), entre otros motivos, porque entienden que de aceptarla cohonestarían una irregularidad perjudicial á Barcelona y que consiste en que, habiéndose cobrado una cantidad superior á la presupuesta y aun suponiendo que esto fuera legal, no lo sería el no justificar la inserción del exceso percibido.

Así se nos ruega que lo hagamos constar.

El guardia civil Francisco Cosme Ceballos, que resultó gravemente herido durante la refriega estudiantil ocurrida en el Hospital Clínico el 25 de Noviembre último, se halla muy mejorado, permitiéndole ya su estado abandonar el lecho durante algunas horas cada día.

Con motivo de haberse ordenado por un inspector de Hacienda, en reciente visita girada á la Delegación de Oviedo, que se exigiese el impuesto de utilidades sobre los sueldos de cualquier cuantía correspondientes á empleados de Bancos y Sociedades, la Cámara de Comercio de aquella ciudad se dirigió á la de Barcelona solicitando su cooperación para lograr que se confirmara el criterio según el cual están exceptuados del impuesto los sueldos ó haberes anuales inferiores á 1,500 pesetas y correspondientes á empleados comprendidos en la letra A del número 2.º de la tarifa 1.ª de la ley de 27 de Marzo de 1900. La Cámara de Barcelona apoyó decididamente, en una extensa comunicación dirigida al ministro de Hacienda, el expresado criterio que, como era de esperar, ha sido nuevamente proclamado por el ministro en real orden que insertó la Gaceta del día 8 del actual, en que se resuelve una instancia presentada sobre el mismo asunto por la Comisión gestora de la Liga de Sociedades Anónimas de España.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar á sus destinatarios:

Sitges, José Bertrán, Robador, 24; Ulldocona, Sociedad párvulos, paseo Gracia; Madrid, Manuel Alcalás, Campo Sagrado, 27; Newehotel, sin nombre, calle Comercio

Con arreglo al artículo 12 de los estatutos de la Academia de Ciencias y Artes, se anuncian las vacantes de una plaza de académico numerario de la Comisión permanente de Análisis matemática y otra de la de Mecánica.

Las propuestas, convenientemente documentadas, deberán ser presentadas en Secretaría por cualquiera de los académicos numerarios, debiendo recaer en individuos que, además de la cualidad de españoles, reúnan las de haberse distinguido en los conocimientos que constituyen la especialidad de cada una de dichas Comisiones y tener su residencia habitual en Barcelona. Estas propuestas se admitirán hasta el día 8 de Enero de 1912.

Noticia de los fallecidos los días 10 y 11 de Diciembre de 1911.

Casados 11	Viudos 6	Solteros 7	Niños 1	Abortos 1	Nacidos	Varones 26
Casadas 6	Viudas 9	Solteras 3	Niñas 5			Hembras 16

El calor y el crimen.

La estadística del crimen es el barómetro más seguro de la civilización. Dice Lombroso que en los países que más rápidamente progresan se observa que de año en año los crímenes decrecen en número y, sobre todo, en ferocidad; pero lo curioso es que en estos mismos países los delitos sin violencia, tales como la falsificación, el robo y la estafa, aumentan paulatinamente. Dicho de otra manera: la cultura transforma al criminal en ladrón, aumentando el riesgo para la propiedad a la vez que le disminuye para la vida humana.

Lombroso formó una tabla mostrando la proporción de los homicidios por cada cien mil habitantes en los diferentes países con el siguiente resultado:

En Italia hay 96 homicidios por cada cien mil almas, en Hungría 75, en España 58, en Portugal 25, en Austria 25, en Francia 18, en

Escandinavia 13, en Alemania 5 y en Inglaterra 5.

Es evidente que cuanto más cálido es un país tanto mayor es la frecuencia con que se cometen en él asesinatos. En el Canadá, por ejemplo, no ocurre más que un homicidio por cada 66,000 habitantes, mientras en Texas se da un crimen por cada 115 almas; verdad es que en este último Estado hasta los niños van a la escuela con un cuchillo ó su revólver en el bolsillo. En las naciones europeas ocurre exactamente lo mismo; mientras en el Norte de Italia no suelen cometerse más de siete asesinatos por cada 100,000 personas que viven en el país, en la parte meridional de la misma península italiana ocurren 31 homicidios para el mismo número de habitantes.

Como engañan los sismógrafos.

Los sismógrafos no se limitan á registrar las vibraciones sísmicas; son tan sensibles que anotan otras vibraciones, como, por ejemplo, las producidas por el paso de un vehículo por las cercanías del observatorio, las que ocasionan la marcha de un regimiento, etc., todas las cuales aparecen representadas con sus correspondientes curvas en el sismógrafo.

En un observatorio alemán se veía observando que los vísperas de los días de

fiesta y los mismos días de fiesta el aparato comenzaba á funcionar invariablemente, sin que se pudiesen identificar las sinuosidades que trazaba ni tampoco admitir que los temblores de tierra se produjesen de un modo regular y á fecha fija. Después de largos estudios se descubrió que la causa de las misteriosas curvas eran sencillamente las campanas, que al ser tocadas á vuelo en los días indicados comunicaban sus vibraciones al delicado estilete del instrumento.

Una nación sin mendigos.

Un viajero que ha recorrido Alemania durante dos meses afirma que no ha encontrado un solo mendigo.

En dicha nación no hay pobres pordioseros, porque la ley ha decretado que no los haya. A todo el que se le coge mendigando, si está útil y se niega á trabajar, se le detiene como vagabundo y se le castiga severamente; si es viejo é inválido, se le mete en un hospital.

Hasta en las regiones pobres de Alemania se ha llegado á vencer la mendicidad y la vagancia. En Westfalia, en las modestas aldeas, hay asilos nocturnos y talleres para los

que carecen de trabajo. Los Ayuntamientos invitan al vecindario á no dar limosnas á los pordioseros y en las entradas de los pueblos se leen carteles como el siguiente:

"Todo viandante necesitado encontrará comida y albergue en el asilo de los pobres, en cambio de lo cual se le pedirán unas cuantas horas de trabajo."

Este sistema de caridad ha dado excelente resultado. Los que no son mendigos de profesión recobran la afición al trabajo y se quedan en los pueblos, y los otros, los que huyen con sólo escuchar la palabra trabajo, no molestan, porque desaparecen.

—Príncipe, yo no aceptaré de usted más que él óbolo de la caridad, porque en este momento me encuentro falta de todo; pero en lo sucesivo viviré con mi trabajo. Mas no es justo que lo que debo á su generosidad quede en poder de una mujer como madama Peila; usted recobrará cuanto ha dado, pues ahora esos dones me pesarían demasiado. Yo me contento con unas cuantas pesetas, con las que daría á un desgraciado que se dirigiese á su noble corazón.

—Yo haré todo lo que usted quiera, Flora; pero recuerde que nada me podrá impedir que me ocupe de usted y que en cualquier momento encontrará en mí un amigo pronto á sostenerla, á defenderla.

—Es demasiado, es demasiado; yo no merezco tanta generosidad, no...

Ocultó el rostro entre las manos y lloró.

Cuando la joven salió del palacio del príncipe comenzaba ya á oscurecer.

Flora iba derramando abundantes lágrimas que dejaban en su rostro huellas ardientes, dolorosas.

VI.

Michinotta, la amante de Merlo, se jactaba de haber tenido por padre á uno de los más ricos propietarios de Ivrea. Pero su madre no era más que una criada y mientras vivió el dueño pudo economizar algunas pesetas para educar bien á su hija; pero cuando él murió tuvo que abandonar el país para no sufrir las burlas, los insultos de los herederos, que desahogaban entonces todos los rencores acumulados durante tantos años contra la desgraciada que había cometido el error de gustar al dueño y de llevarlo, como se dice vulgarmente, de las narices.

La madre de Michinotta se dirigió á Turín, donde tenía parientes; mas no estuvo largo tiempo con ellos.

Enamoróse de un granuja de la peor especie y se dejó conducir por él de un antro á otro, arrastrando consigo á su hija, que crecía viciosa y de un carácter inquieto, turbulento.

Al cabo de pocos meses el bribón había derrochado todos los ahorros de su amante, la trataba como á un perro y la apaleaba sin que ella opusiese ninguna resistencia ni se quejase. Pero un día que regresó á su casa y le sorprendió en íntimo coloquio con su hija, la pobre mujer tuvo por vez primera valor para rebelarse.

¡Nunca lo hubiese hecho! El perdulario arrojóse sobre ella y la golpeó de tan terrible modo, que la infeliz expiró aquella misma noche, sin proferir palabra, sin poder denunciar al asesino.

El miserable huyó y Michinotta guardóse muy bien de confesar la verdad, aunque durante algún tiempo estuvo en la cárcel.

Libre, prostituyóse y entabló relaciones con todos los granujas.

Michinotta no era bella; pero tenía un aire petulante que gustaba entre la canalla y era muy animosa para defender sus intereses.

Después de emanciparse de la tutela de una dueña de burdel, alquiló una habitación en una tristísima casa y siguió por su propia cuenta, su vida de vicio y de desenfreno.

Frecuentaban su morada bribones de todas las especies; mas, á pesar de eso, jamás se habían dado en ella escándalos. Y era porque Michinotta había sabido adquirir cierta superioridad sobre aquellos seres abyectos y viciosos y les inspiraba una especie de admiración y de respeto, sobre todo desde que se había convertido en querida de Merlo.

Era Michinotta la que llevaba, como vulgarmente se dice, los pantalones en la casa,

Merlo comía tranquilamente el pan de la infamia y no se mostraba celoso de su amante; pero habría sido terrible si alguno hubiese tratado de gobarle establemente el puesto.

No había peligro. Michinotta, entregándose á Merlo, había cedido á una ternura repentina del alma, á un sentimiento nuevo, indefinido por ella.

Esto prueba que el amor es una necesidad intuitiva en la mujer, aun en la más abyecta y vulgar. Esta necesidad está por encima de todo deseo sensual, de todo egoísmo, y produce en las mujeres perdidas aquellas puras satisfacciones que se encuentran en las acciones desinteresadas; las rehabilita momentáneamente ante sus propios ojos.

Michinotta había sufrido mucho durante la prisión de Merlo, aunque la atribuía á una imprudencia del joven. Si hubiese escuchado á ella no le habría ocurrido tal percance. Sin embargo, no le guardó rencor. Para Merlo la joven siempre encontraba una excusa y no dejaba ningún día de ir á la cárcel á visitarle.

Así, pues, el día que Merlo había de salir de la cárcel fué para Michinotta un día de verdadera fiesta.

Desde la mañana estaba atareada preparándole una comida suculenta.

A las seis de una tarde nubosa y húmeda el caldo hervía en la olla sobre el hornillo de tierra cocida que había en la habitación de la mujerzuela.

Sobre un reverbero de alcohol humeaba un estofado apetitoso capaz de reanimar á un difunto.

En la mesa había dos cubiertos preparados; los platos y los cubiertos de estaño, nuevos, flamantes, brillaban como plata. Las botellas estaban ya destapadas.

Estaba ya todo preparado cuando se oyó un paso rápido en el corredor.

El rostro de Michinotta se iluminó de alegría y la joven se apresuró á abrir la puerta á su amante, que era el que llegaba.

—¡Por fin!—exclamó al verle entrar.

El granuja volvió á cerrar la puerta y se puso á estrechar en sus brazos á Michinotta.

—Basta, basta—gritó ésta—. Ya tendremos tiempo de eso. Ahora la comida nos espera.

—Y que tengo un hambre de lobo.

Los dos amantes se pusieron á comer.

Merlo, en efecto, estaba hambriento, y en un abrir y cerrar de ojos hizo desaparecer la abundante ración que le había puesto en un plato Michinotta.

Luego, saciado el hambre, comenzaron las confidencias, las expansiones.

Hacia unas dos horas que los dos amantes se encontraban reunidos cuando llamaron á la puerta.

—¡Al diablo quien viene á esta hora!—dijo Merlo—. ¿Has dado cita á alguien?

—No; he prohibido á todos los amigos que vinieran aquí esta noche.

—Entonces, no nos movamos á abrir.

Llamaron por segunda vez y casi simultáneamente se oyó una voz de mujer que decía:

—Perdóne la molestia, Michinotta, pero no tengo una cerilla para encender la luz.

La joven se levantó enseguida.

—¡Ah! Es mi vecina, la *Ferra*—dijo—, una pobre vendedora ambulante que me ha prestado algunos servicios. La puse el apodo de *Ferra* la primera vez que la vi y se ha quedado con él. Ahora todos la llaman así y la infeliz no se ofende.

Michinotta abrió la puerta y con acento jovial agregó:

—Entre, entre, *Ferra*, y beberá un vaso de vino á la salud de mi amante.

—¿Ha vuelto ya?—preguntó la mujer avanzando tímidamente.

Nadie en aquella mujer, pobremente vestida, habría reconocido á la bella y procaz Flora de pocos años antes.

Representaba diez años más de los que tenía.

Flora hacía un mes que habitaba en la misma casa que Michinotta. Al principio ésta se rió de ella y la llamó *Ferra* al ver la forma en que la había quedado la nariz. Después, poco á poco, su desprecio se fué trocando en compasión y acabó por no poder pasar un día sin verla. Era tan servicial, se mostraba tan tierna é indulgente cuando Michinotta la hablaba de su amante... Se leía en sus ojos un dolor tan sombrío que se enternecía el corazón más duro.

—Sí, sí; ha vuelto—exclamó Michinotta acercándose á la mesa y llenando de vino un vaso—. Mírale, *Ferra*; no es guapo; pero tal como es, yo le adoro.

Merlo se sintió halagado por aquellas palabras de su amante.

A él no le podía repugnar mucho el aspecto de Flora, porque su nariz achatada asemejaba su rostro al de la ex institutriz.

Así, pues, la dijo riendo:

—Ya ve si soy afortunado! ¡Cuántos rablarán de envidia porque mi Michinotta me quiere bien y me es fiel!

—¡Oh! Esto se lo puedo garantizar—agregó Flora—. Durante su prisión no tenía otro pensamiento que usted, no me hablaba más que de usted. ¡A la salud de ustedes!

—¡A la suya!

Chocaron los vasos, y después de haber vaciado el suyo Flora pidió perdón de nuevo por haberles molestado.

—Hágame el favor de darme dos cerillas...—agregó.

—¿Tanta prisa tiene?—preguntó Michinotta—. ¡Vaya! Quédese aun un poco y caliéntese.

—Gracias... no tengo frío.

—No gaste cumplimientos. Merlo está satisfecho de tenerla en nuestra compañía; ya le he hablado de usted.

—Es usted muy buena.

Michinotta acercó una silla á la estufa é insistió de nuevo para que Flora se calentase.

Esta aparecía conmovida, confusa.

—Gracias, gracias, acepto.

Tendido en el lecho, Merlo se puso á fumar en una pipa corta y negra como el carbón.

Michinotta sentóse al lado del fuego y dijo:

—Se está bien aquí esta noche.

—Tiene razón—respondió Flora—. No es tanto el frío que hace como la humedad que penetra en los huesos; yo tenfa las piernas entumecidas.

—¿Está al menos satisfecha del día?

—Esto sí, Michinotta, y lo debo á usted. He seguido su consejo; se gana más comprando y vendiendo ropas usadas que vendiéndolas solamente nuevas. Aquellos dos vestidos que compré á la camarera de la condesa de Saletti los he vendido casi en el triple de lo que me costaron, y en el chal y el abrigo de pieles, por los que pagué 20 pesetas, he obtenido un 80 por 100 de ganancia.

—¡Diablo! Es un oficio que produce—exclamó Merlo, que había escuchado en silencio—. También tú debieras ejercerlo, Michinotta.

Esta se puso á reír.

—Es un oficio de vieja, sin ánimo de ofenderla, vecina.

—Tiene razón; á su edad se poseen otros recursos. Y mire, yo, al presente, si no fuese por una mala mujer, también podría ser rica.

La voz de Flora se había alterado y ésta parecía presa de una viva emoción.

Michinotta y su amante estaban aguijoneados por la curiosidad.

—¿Qué la hizo esa mujer?—preguntó la joven.

—Me quitó de la mano una fortuna—respondió Flora casi balbuceando.

—¿Cómo?

—Hace algunos años yo no era tan fea como soy ahora. Esta deformidad me la produjo mi amante, que estaba celoso de mí. Otro me habría apuñaleado y él me arrancó con los dientes un pedazo de nariz.

—¡Era peor que un perro rabioso!—exclamó Merlo burlonamente.

—Cuando se encolerizaba no distinguía ya nada, y lo peor fué que después de haberme desfigurado así, me abandonó diciéndome que le daba miedo.

—¡Qué maldito!—interrumpió Michinotta—. Mira, Merlo, si á ti te hubiese ocurrido hacerme tal jugada te habría agujereado el vientre á costa de ir á presidio.

—¿Y usted no le hizo nada? ¿No le denunció siquiera?

—¿Para qué?—respondió melancólicamente Flora—. Tampoco habría podido devolverme mi pedazo de nariz; pero no se trata ahora de esto. Entonces, como la decía, era también yo una discreta joven y servía de camarera á una bellísima señora que vivía sola y parecía riquísima. La casa era buena, la señora era generosa y en breve me convertí en su confidente. Yo nunca fuí escrupulosa.

—Hay que saber vivir—interrumpió Michinotta riendo.

—Así, pues—agregó Flora—, no me escandalicé al escuchar el relato de sus aventuras amorosas. Quería pasar por honrada...

—Y era una cualquiera—interrumpió otra vez Michinotta.

—Ciertamente. No sé si obro bien contándoles estas cosas; pero como usted es tan buena conmigo...

—Esté segura de que no las repetiremos á nadie—exclamó Michinotta, que se interesaba en aquel relato—. ¿No sabe que me llaman la tumba de los secretos y que Merlo y yo nos dejaríamos descuartizar antes que comprometer á los amigos?

—Michinotta tiene razón—confirmó Merlo, que también se sentía dominado por la curiosidad.

—¡Oh! No lo dudo—replicó Flora con aire de satisfacción—y por eso continúo. La señora, entre otras cosas, me dijo que había tenido relaciones con un caballero millonario, casado.

—¡Diablo!—prorrumpió riendo Merlo—; sabía escoger bien sus *apaños*.

—Es cierto; no perdió el tiempo ni la fatiga—respondió Flora—. De aquel hombre tuvo una pequeñuela. Ella la habría llevado gustosa al Hospicio para no comprometerse á los ojos de la sociedad.

—¡Qué madre tan amorosa! Quizás tenía más corazón el padre—dijo Michinotta.

—Lo ha adivinado usted; aquel millonario estaba loco de alegría. Y no pudiendo dar su nombre á la criaturita, quiso al menos asegurar su suerte. Así, pues, la entregó á un abogado amigo suyo para que la sirviese de padre y la asignó un millón, que en caso de muerte de la niña debía percibir.

—¡Vaya un bocado! ¿Y aquella mujer ha tenido la fortuna de heredar?

—No, no; por desgracia, no ha sido así. Después de aquella confesión, la señora me agregó que si encontrase una persona que la desembarazara de la niña, su fortuna estaba hecha.

Michinotta y Merlo cambiaron una mirada.

Quizás en aquel momento pensaron en la niña que habían hecho desaparecer.

Pero ¿podía tratarse de aquella? ¡Bah! Era imposible.

Flora fingió no apercibirse de aquella mirada, que había hecho latir su corazón, y prosiguió:

—Yo reflexioné aquella proposición y acabé por decirle que me encargaba de hacer desaparecer del mundo á la niña sin comprometer á nadie, en forma que se creyese un accidente. La señora me abrazó y ¡cuerpo de sanguiuela! creí que la volvía loca mi promesa, que me rogó ejecutase enseguida, entregándome para los gastos que pudiera tener un millar de pesetas. Para lograr mi intento tenía necesidad de otra persona sin escrúpulos, sin miedo, que me auxiliase. Y me dirigí á una tal madama Peila...

Flora fué interrumpida por un grito de los dos amantes.

Su corazón latía con violencia.

—¿Madama Peila ha dicho?—preguntó Michinotta después de cambiar una rápida mirada con Merlo.

—¡Sí! ¿La conoce?

—Un poco—se apresuró á responder Michinotta—. Pero continúe; su historia nos interesa bastante. ¿No es cierto, Merlo?

—Sin duda; la aventura es curiosa.

Flora, que había acariciado la esperanza de que los dos amantes se descubriesen, algo decepcionada, prosiguió su narración.

—Naturalmente, no confié toda la verdad á madama Peila; pero ella, deslumbrada por la ganancia que le había prometido, se prestó enseguida á convertirse en mi aliada. No dudé de su palabra y como primera providencia la entregué todo el dinero que me había dado á mí la señora. Yo la di todos los datos referentes á la muchacha; la dije que habitaba con el abogado Roberti en el Borgo Dora...

Los ojos de Flora se fijaron ávidos, inquietos, en el rostro de Merlo, esperando notar alguna contracción.

Pero el granuja, como su amante, permaneció tranquilo.

Entonces Flora comprendió que la partida era más empeñada de lo que había en un principio creído.

Los dos amantes no se vendían.

Flora no se desanimó.

—¡Ah! La bribona ¡cómo me engañó!—continuó con acento de cólera.

—¿Sí?—exclamó Michinotta riendo—. ¿Se quedó con el dinero y no hizo desaparecer la niña?

—¡No! ¡No! La pequeñuela ha desaparecido; pero, mire, la bribona de

madama Peila, para no comprometerse mucho, me dijo que no había comprendido bien mis órdenes, que eran las de tener las pruebas de que la muchacha había muerto. Y la entregó á un hombre que ella misma no conoce, el cual, sin preguntar quién era la muchacha, se comprometió á llevársela de Turín, prometiendo que una vez lejos de aquí se desembarazaría de ella. Como no se ha hecho esto, la señora no ha podido obtener la partida de defunción de la niña, quedando por lo tanto, imposibilitada para reclamar la herencia. Además, el abogado ha sospechado de ella y no la pierde de vista. La señora echóme á mí la culpa de lo sucedido y me despidió de su casa sin darme ni un solo céntimo. Reclamé una parte del dinero que entregué á madama Peila, y la muy bribona se me rió en las narices. Pero—agregó Flora en voz baja—la tengo en mi poder... ¡Ah, si pudiese tener un indicio, encontrar á la pequeñuela, yo bien sé lo que haría!

—¿La mataría?—dijo Merlo.

—No sería tan estúpida.

—¿Entonces?...

Flora se encogió de hombros.

—Es inútil hablar—murmuró—; la fortuna no es para mí. Hace más de tres años que me sonrió por un momento. Ahora no espero ya nada.

Permaneció un instante silenciosa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como abrumada por los recuerdos.

Los dos amantes cambiaron varias miradas, en las cuales se leía el deseo de hablar mezclado con el temor de comprometerse.

Aunque no tenían motivo para sospechar de Flora, sentían una desconfianza intuitiva.

¿Era la casualidad la que llevaba allí á la *Perra*?

Mientras pensaban esto, Flora, como si volviese á la realidad, se puso en pie y exclamó:

—Ya es hora de que me vaya. Soy muy indiscreta y les he molestado bastante. Buenas noches.

—No la detengo más porque Merlo está muy cansado y rendido por el sueño. Aquí tiene las cerillas. Buenas noches, vecina.

Flora se retiró casi desesperada.

¡No sabía nada de su hija, nada!

¡Y pensar que hacía un mes que desplegaba toda su astucia para descubrir los secretos de Michinotta y que creyó que aquella noche realizaría su propósito!...

¡Se había engañado!

Los dos amantes debían desconfiar.

Flora entró en su habitación; una modesta estancia cuya ventana daba sobre el patio y la permitía ver la ventana de la habitación ocupada por Michinotta.

Pero ésta había cerrado herméticamente la ventana.

Flora encendió la luz y se dejó caer en un sillón.

Estaba lívida y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Hija, hija mía!—murmuró.

Por un momento pensó volver al lado de los amantes y gritarles:

—Soy la madre de aquella niña á quien raptasteis; decidme dónde se encuentra ú os denuncio.

Pero ¿habría quizás conseguido su intento?

¡No!

Los dos amantes se habrían puesto en guardia, la tacharían de loca y de sus labios no saldría ni una palabra que pudiera comprometerles.

¡Era preciso aguardar aún y continuar fingiendo á pesar de su deseo de rebelarse!

La mañana siguiente, Flora, con su modesto vestido, con su aspecto de tranquila resignación y con un envoltorio bajo el brazo, salió de su casa en el momento mismo en que oyó abrir la puerta de su morada á Michinotta.

—Buenos días, vecina—dijo Flora á la joven—. Está usted madrugadora.

—Voy á hacer algunas compras; ¿y usted?

—Yo doy comienzo á mi cotidiana labor. He de correr mucho para ganarme el pan y poder ahorrar alguna cosa.

Las dos mujeres bajaron juntas la escalera.

Michinotta reía.

—Veo que se hace usted más pobre de lo que realmente es.

—¡Querida hija! Yo no tengo ya más que estos brazos y un feo rostro. Si estuviese en el pellejo de usted, seguramente no me preocuparía por el porvenir.

—Haría muy mal; yo no pienso en otra cosa. Pero hasta luego, vecina, que he de darme prisa porque Merlo se impacienta cuando tiene hambre.

Descendió de un salto los últimos escalones y alejóse rápidamente.

Flora se encaminó lentamente hacia la Piazza Castello, donde subió al ómnibus que conduce á la estación del ferrocarril de Cirie.

Cuando descendió de éste encaminóse al Borgo Dora y no se detuvo hasta que se encontró frente á la casa en cuyo espacioso patio, al fondo, estaba la casita habitada por el señor Damiani.

¿Era quizás allí á donde Flora se dirigía?

VII.

¡No! La fingida revendedora no habría osado nunca traspasar los umbrales de aquella casita, ante la cual se habría puesto de rodillas.

Pero Flora lo había intentado todo para saber cuanto allí dentro sucedía. Merced á su oficio había logrado hacerse amigo de la portera, una chr-

Los nuevos papeles de música.

Con el fin de obtener condiciones más favorables para producir efectos escénicos más sorprendentes, muchos directores de escena han tratado de suprimir todas las luces de la sala, dejando iluminado el escenario solamente desde las candilejas para adentro, y quedando, por lo tanto, á oscuras el público y la orquesta; pero esta idea ha tropezado siempre con la dificultad de que los músicos

no podían ver la partitura. Sin embargo, parece que el problema ha sido resuelto satisfactoriamente en un teatro de Londres, escribiendo la música en blanco sobre papel negro. En estas condiciones, los músicos pueden ver su papel con muy poca luz, pues les basta una lámpara muy pequeña, bien resguardada por una pantalla especial, que sólo deja iluminado el papel.

El cerdo de los luises de oro.

Dentro de algunos días se celebrará en Toulouse la vista de un pleito muy curioso y cuyos antecedentes son comentados humorísticamente por la Prensa de la vecina nación.

En la feria de ganados, que celebróse el día 8 de este mes, un propietario rural de Saint Martin compró un hermoso cerdo. Le volvió á la zahurda que le destinaba y durante dos días no ocurrió nada de particular.

Pero, pasado este tiempo, la esposa del propietario entró en la zahurda para hacer la limpieza. Su sorpresa fué muy grande cuando encontró entre los excrementos de cerdo una hermosa pieza de oro. Era un Luis con la efigie de Napoleón III, acuñado en el año 1860.

Al día siguiente los felices propietarios del animalito encontraron junto á éste otra moneda igual. Y durante varios días repitieronse los hallazgos.

Ambos no cabían en sí de gozo. Miraban al cerdo con admiración y le cuidaban como si fuese una persona de su familia. El pro-

prietario había ordenado á su mujer que nada dijera; pero ésta, que era muy chisplatana contó lo que ocurría á una vecina suya.

Bien pronto todo el pueblo supo que había en una zahurda un cerdo que regalaba diariamente á su dueño una moneda de veinte francos.

La noticia llegó á oídos del que vendiera á su actual propietario el maravilloso animal. Y fué á verle y le pidió todas las monedas.

El otro nególo, alegando que el cerdo era suyo y que cuanto éste produjera debía ser suyo también.

—No tiene usted razón—afirmaba el otro—. El día antes de vender yo el cerdo perdí una carterita donde guardaba algunos billetes y nueve luises de oro. Sin duda, el cerdo se la tragó y ahora está echando su contenido.

Como, no obstante tales argumentos, el dueño del cerdo no se daba por convencido, le ha llevado á los tribunales.

Y éstos, dentro de breves días, decidirán quién tiene razón.

Verborragia.

Espíritu más complejo que el de don Rafael no se encuentra ni aun buscado con candil.

Es afable, quiere á sus amigos, rara vez habla de nadie y, sin embargo...

Mucho me duele tener que decirlo; pero el mal no está en que yo lo diga, sino en que la cosa es cierta. Don Rafael es un asesino.

No me consta que jamás haya matado de hecho á nadie; ni siquiera le creo capaz de llegar nunca al acto material de dar el pasaporte para el otro mundo á un semejante; pero... ¡con la intención!... ¡A media Huma-

nidad ha despachado!

No es un hombre malo. Si queréis verle real y profundamente afligido hacédle saber que tenéis algún contratiempo que él no pueda remediar; porque si puede, entonces no se aflige; lo que hace es acudir con el remedio, aunque para esto tenga que imponerse penosos sacrificios.

Pero ¿queréis ponerle alegre? ¿Queréis ver retratado en sus ojillos el gozo más vivo? Pues llevadle la noticia de que alguno de sus amigos está agonizando y que no hay salvación posible.

En casos tales, lo abandona todo para correr á casa del enfermo á cerciorarse de la verdad de la lúgubre noticia. Si comprueba su exactitud, se multiplica, se desvive para atender con solicitud obsesiva al pariente y á sus deudos; procura reconfortar sus ánimos abatidos; si observa que la familia lucha con dificultades, pone á su disposición, con franca liberalidad, su persona y su bolsillo; toma sobre sí la molesta y enojosa tarea de arreglar todos los detalles de última hora, tratar con la Empresa funeraria, organizar el entierro, recibir las visitas, dirigir y atender el velorio...; en fin, se convierte, para la atribulada familia, en esos momentos de confusión y atolondramiento, en una especie de ángel bienhechor que á todo atiende, todo lo prevé, todo lo sabe y todo lo hace, siempre correcto, siempre solícito y siempre sonriente, hasta donde lo permite la tristeza de los momentos.

Y entonces, precisamente entonces, es cuando se me aparece ese hombre—desde que estoy en el secreto—como el más malvado y perverso de los verdugos. Porque en esos crueles instantes es posible que algo peso en su ánimo el deseo de mitigar el dolor de la familia—porque lo uno no está reñido con lo otro—; pero, en todo caso, ese deseo no ocuparía sino un lugar muy secundario. Lo esencial, el pensamiento dominante que le arrastra al lado del moribundo y le inspira los mil y un recursos de que se vale para no perderle de vista hasta que esté muerto, es el temor, mejor dicho, el miedo, un miedo loco á que se le pueda escapar la presa.

¡Ah! Si á un amigo agonizante se le ocurriera experimentar una de esas extrañas reacciones que, alguna vez, arrancan de las garras de la muerte un casi cadáver, don Rafael no se lo perdonaría nunca; y no sé, no quiero pensar á qué abominables extremos llegaría impulsado por el despecho y la ira.

Pero ¿cómo conciliar tal cúmulo de contradicciones? ¿Qué causa puede determinar en un hombre bueno ese incomprensible deseo de que mueran sus amigos?

¡Oh! ¡Vanidad de vanidades!

Don Rafael no es más que una víctima de a manía más genuinamente latina, convertida en él en obsesión avasalladora: la oratoria.

Y como en los comienzos de su brillante carrera hacia la inmortalidad intentara actuar como orador en sociedades, mítines, banquetes y en cuanto lugar y en cuant

ocasión se le presentara para lanzar los chérrros de su elocuencia, y en todas partes ¡plá! cara envidial fuese despiadadamente siseado, hubo de acogerse al fin al sagrado de los cementerios, donde ciertas ruidosas manifestaciones están vedadas y donde el auditorio no tiene más remedio que escuchar respetuosamente y aprobar cuantos elogios—por escandalosamente exagerados ó injustos que sean, se dediquen al que está allí delante, tendido en el ataúd.

¡Bien se aprovecha don Rafael de estas prerrogativas de los oradores necrológicos! ¡Y cómo goza al ver inclinarse ante él, sumisas, todas aquellas cabezas descubiertas, mientras, gimoteando y la grimoteando, amon, tona hipérbola sobre hipérbola con voz sonora y campanuda!

Basta mirarle los ojos para comprender que todos los placeres que puede disfrutar un hombre en esta vida y los ideados para la otra por las religiones antiguas y modernas son nada comparados con lo que él siente en los felices instantes en que está pronunciando una de sus macarrónicas y lloronas oraciones.

Don Rafael ha tenido últimamente una idea genial. Ya está bastante viejo; comprende que se acerca su hora, y esto es causa de que cuando piensa en que muchos de sus amigos han de sobrevivirle se le contraigan las facciones con expresión de intensa amargura.

El otro día fui á visitarle. Se interesó vivamente por mi salud y al saber que era buena, me dijo suspirando:

—Así será y lo celebro; pero no se fie, amigo, no se fie. La muerte suele sorprendernos cuando más lejos nos creemos de ella. No sé qué noto en su mirada...

Seguimos conversando de generalidades y últimamente, volviendo á su tema, me dijo con no disimulada tristeza:

—Veo que ni á usted ni á otros amigos queridos podré acompañarles á su última morada. No se aflija por eso. Ahí, en esa cajita, tengo guardados varios discos que he impresionado en previsión de lo que pudiera suceder. Si, por desgracia, me anticipase á ustedes, no por eso ha de faltarles mi oración de despedida... Ya tengo ahí escritas mis disposiciones.

Volvió á suspirar dolorosamente y se llevó el pañuelo á los humedecidos ojos.

EMILIO VERA Y GONZÁLEZ

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Denuncia.—Reunión:

Madrid, 11 Diciembre.

En la última sesión de la Diputación, el diputado federal Prieta denunció determinadas estafas realizadas por algunos empleados del Hospital de San Juan de Dios. Se ha nombrado una Comisión investigadora.

El Consejo superior de protección á la infancia se ha reunido, presidido por el señor Barroso, tomando posesión los nuevos vocales señores Jimeno, Lacierva y Pulido. Concedióse un voto de felicitación al doctor Tolosa Latour por sus trabajos como representante del Gobierno español en el III Congreso internacional de protección á la infancia, celebrado en Berlín.

¡Vaya una abuelal—El presidente.

Josefa Gómez García ha intentado envenenar á un nieto suyo, dándole un licor parecido al aguardiente. La pobre criatura hállase muy grave. La fiera Josefa ha desaparecido.

El señor Canalejas pasó la tarde en su despacho oficial, donde le visitó el ministro de Marina.

También conferenció el señor Canalejas con una Comisión de Lugo que se encuentra en Madrid gestionando asuntos importantes para aquella región.

DE PROVINCIAS.

Valentinas.—Huelga.—A Madrid.

Valencia.—La mayoría de los alumnos de Medicina y del Instituto entraron en clase. A la Universidad han acudido muy pocos estudiantes.

En Alcira reina gran malestar por el escaso material de transporte para la naranja. Se ha telegrafiado al ministro de Fomento.

Zaragoza.—Continúa la huelga de trajineros. La Junta directiva de la Sociedad visitó al gobernador para exponer sus deseos. Después ha celebrado una reunión general.

Los señores Azcárate, Pérez Oliva y Alcalá Zamora han marchado á Madrid.

Por Torrijos.—El España.

Málaga.—Se ha verificado la procesión cívica en conmemoración del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros. Presidió el Ayuntamiento y asistió numerosa concurrencia. En la plaza de la Merced se colocaron las coronas en el monumento á Torrijos.

Ferrol.—En la reunión de la Comisión de festejos proyectados para celebrar la botadura del acorazado *España* acordóse recibir á los reyes bajo una lujosa marquesina en la estación, iluminar los muelles, las calles y los edificios y repartir dos mil pesetas á los pobres. Habrá fuegos artificiales, se distribuirán mil pesetas á los cuatro militares que pasen á la reserva el día de la botadura, dos mil pesetas entre los que se casen ó nazcan en dicho día, mil pesetas para desempeñar ropa del Monte de Piedad, una función regia, espectáculos gratis y un banquete al que asistirán el rey y cuatro mil comensales. Vendrán la escuadra española, la inglesa y otras.

Otra infanta.

Madrid, 12 Diciembre (3'15 madrugada)

A las tres menos cuarto de esta madrugada ha dado á luz la reina Victoria una niña. El Gobierno se ha dirigido enseguida á Palacio.

EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La cuestión franco-española.

Paris, 12 (6'42).

Los diarios consideran injustificados los rumores alarmantes que han circulado respecto á las negociaciones franco-españolas.

Le Petit Parisien dice que en el Quai Orsay están convencidos de que las negociaciones proseguirán normalmente sin dificultad.

L'Echo de Paris hace notar que, estando reducidas á un minimum, no se explicaría la intransigencia española.

Le Gaulois aconseja al Gobierno francés que renuncie á la ocupación de Alcázar y que se limite á pedir á España la fijación de una línea fronteriza para evitar todo conflicto en el porvenir. El río Lucus le parece el más indicado.

Descarrilamiento.

Oporto, 11 (5'2).

Ha descarrilado un tranvía eléctrico de Oporto á Teixas, por el mal estado del camino á consecuencia de las lluvias. Han muerto 14 pasajeros.

ULTIMOS PARÍS.**Silvestre.**

Madrid, 12 Diciembre (10 mañana).

El teniente coronel Fernández Silvestre se ha negado á hablar de política internacional en las entrevistas celebradas con los periodistas.

Ha dicho que se han hecho en Alcázar excelentes posiciones y que la organización de las tropas es también muy buena. De los veinte barracones que se han enviado allí hay ya cinco montados, uno de ellos destinado á hospital. La población ha sido higienizada mucho, limpiándose diariamente. Se ha fundado un Dispensario, al que acuden muchos moros y hebreos, habiendo decrecido la mortalidad.

Al hablarle de nuestro probable abandono de Larache y Alcázar ha calificado este supuesto de disparate.

Subasta.—Retrocaso.

Hoy se celebrará la cuarta subasta de este año para adquirir valores del empréstito de 175.000.000. Existen disponibles poco más de 23 millones de pesetas.

El marqués del Vadillo, que viene padeciendo una enfermedad, ha sufrido un retroceso que inspira serios temores.

Los maestros bilbaínos.—70,000 palabras.—Los estudiantes.

Bilbao.—Una Comisión de maestros ha visitado al presidente de la Diputación para pedirle apoyo para resolver el conflicto de los maestros vascongados. Es posible que conferencien los presidentes de las tres provincias y que envíen una Comisión á Madrid para tratar del asunto con el Gobierno. Intervendrá en las gestiones el Ayuntamiento de Bilbao.

Valencia.—Durante la celebración del Consejo de guerra en Sueca se han transmitido 7,119 telegramas con 59,106 palabras, más el servicio normal, que en total hacen unas 70,000 palabras.

Coruña.—Los alumnos de la Escuela de Comercio han acordado continuar sin asistir á clase en vista del telegrama que les han enviado sus compañeros de Madrid. El Claustro ha acordado clausurar durante tres días la Escuela y aplazar los exámenes ordinarios, suprimiendo las calificaciones en los exámenes.

Bolsin mañana.

Interior, 85'85 papel; Nortes, 96'50 dinero; Alicante, 95'05 dinero.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillero Blanca, 3 bis. León.